

9-4

ΔΔ1163

TERCER CONGRESO NACIONAL DE PALABRA OBRERA

INFORME
LATINOAMERICANO

1963
Tercer
Congreso

94

ΔΔ1163

TERCER CONGRESO NACIONAL DE PALABRA OBRERA

INFORME
LATINOAMERICANO

1963
Tercer
Congreso

PROYECTO DE INFORME LATINOAMERICANO PARA EL TERCER CONGRESO
NACIONAL DE PALABRA OBRERA - 1963

En momentos de celebrarse el 3er. Congreso Nacional de Palabra Obrera, Latinoamérica se halla sacudida por el más grande movimiento de masas de conjunto, que registra su historia. El campesinado peruano reinicia las ocupaciones de tierras tras la detención de Hugo Blanco, su líder indiscutido, mientras sigue consolidándose a escala nacional, la sindicalización campesina. Los mineros bolivianos obtienen un gran triunfo sobre el gobierno y el imperialismo yanqui, al conservar su control sobre la producción minera y hacer retroceder mediante su movilización armada a los planes de reestructuración de las minas estatales. En Brasil toma nuevo impulso la lucha de clases, profundizándose la ocupación de tierras y desarrollándose el movimiento antiimperialista de la suboficialidad militar. En Colombia el proletariado petrolero se pone al frente de las luchas del pueblo apareciendo como la fuerza unificadora del terrorismo urbano y las dispersas guerrillas campesinas. En México, tras un corto paréntesis, vuelve a asomar la presencia de su campesinado indígena, marcando el rumbo a las masas rurales centroamericanas. Desde que Hugo Blanco impuso una nueva metodología al movimiento de masas, este ha dado saltos gigantescos y tomado en sus manos el bastón de mando de la revolución latinoamericana.

I. - Hemos entrado en una etapa superior de la Revolución Latinoamericana, de generalización de la lucha de clases, desarrollo regional y local del poder dual y surgimiento de una nueva dirección obrera-revolucionaria.

Con el desarrollo del poder dual en el campo peruano tras una dirección revolucionaria, y el posterior ascenso de conjunto de las clases explotadas del continente, se abre para la Revolución Latinoamericana un nuevo período dentro de la gran etapa ascendente y revolucionaria iniciada a partir del triunfo de la Revolución Cubana. Para ubicarlo dentro de los análisis generales de Palabra Obrera y el SLATO, debemos recapitular los períodos anteriores.

Desde la Revolución Cubana hasta ahora, existen tres períodos bien diferenciados: El primer período que abraza desde el ascenso al poder de Fidel Castro hasta la derrota de las guerrillas paraguayas, se caracteriza por la consolidación del Primer Estado Obrero Latinoamericano y el desarrollo de un movimiento nacionalista revolucionario continental: el castrismo, la radicalización de las grandes masas pequeño-burguesas de las ciudades, el surgimiento en su seno de una nueva vanguardia que rompe con los viejos movimientos nacionalistas y se plantea la lucha armada, y el comienzo de la crisis definitiva de las direcciones contrarrevolucionarias del movimiento de masas. En este período surgen nuevos movimientos y tendencias alrededor del programa, la metodología y la dirección peruana. El M. I. R., el Liberalismo Revolucionario, el Socialismo Argentino, el Ñuflismo, el APRA Rebelde, los distintos movimientos castristas de centroamérica, Brasil, Uruguay, Argentina y Chile. Estos movimientos, que empalman con los precedentes movimientos revolucionarios y de masas (las guerrillas colombianas, las ligas campesinas en Brasil, el comienzo de la sindicalización agraria en Perú) se disputan las masas urbanas con los partidos nacionalistas y dan batalla al imperialismo en dos campos: el electoral y el de la lucha armada. En el campo electoral, obtienen importantes triunfos (el socialismo argentino en Buenos Aires, el janicismo en Brasil, el FRAP en Chile, Acción Democrática en Venezuela), pero sufren derrota tras derrota en el campo militar (son derrotadas las guerrillas ecuatorianas, guatemaltecas, nicaragüenses, fracasan los intentos de unificación guerrillera en Colombia, y finalmente es aplastada la manifestación más seria: la guerrilla paraguaya).

No mejor es su suerte en relación al movimiento de masas. Las viejas burocracias sindicales hacen fracasar por completo el intento de constituir una nueva Central Obrera Latinoamericana, ante la indiferencia de los distintos proletariados nacionales. Los distintos partidos castristas fracasan en su intento de arrastrar a las grandes masas explotadas. Los propios triunfos electorales, se truecan en derrotas. Be tancourt se pasa por entero al servicio del imperialismo yanqui; el FRAP no es capaz de consolidar su avance y cede su lugar a la Democracia Cristiana chilena; Palacios, tras el espectacular triunfo comicial, se reincorpora abiertamente al campo de la democracia imperialista. Jano Quadros debe renunciar y abandonar el país.

Pero el más importante de los reveses del castrismo se da en el campo militar. Al poner en el tapete el problema de la lucha armada, con el que hace su esencial aporte a la Revolución Latinoamericana, el castrismo desencadena una tendencia tremendamente progresiva hacia la acción militar, pero que en la medida que no es acompañada por una idéntica inclinación hacia el paciente trabajo -organizativo propagandis

tico y agitativo - en el seno de las masas explotadas, degenera en el desarrollo de una poderosísima y heroica pero putchista vanguardia, que se aísla de las masas y sufre importantísimas derrotas. La más importante de ellas, y que determina el cierre de la etapa ascendente, es la derrota de las guerrillas paraguayas. Esta derrota tiene una importancia particular, porque su desarrollo exitoso, significaba una pieza clave de toda la política castrista hacia el continente. Desde el punto de vista castrista, el Paraguay, era el país ideal para desarrollar la guerra de guerrillas, por las siguientes razones: a) su estructura esencialmente agraria, la existencia de un campesinado miserable y de un medio geográfico ideal; b) la existencia de una dictadura militar odiada por la pequeño-burguesía democrática latinoamericana, lo que posibilitaba seguir ligando las banderas democrático-formales a la revolución antimperialista y agraria y continuar arrastrando, de esta forma, a esa importante capa de la población; c) la existencia de una cuña revolucionaria en el sur del continente, donde aparentemente, era más sólida la dominación imperialista; d) la existencia de una enorme cantidad de combatientes de reserva en los cientos de miles de exilados, profundamente enemigos del régimen de Stroessner.

Por todas estas razones y por el momento crítico en que se produjo -siguió a los fracasos ecuatorianos, colombianos y de la América Central- el plastamiento de las guerrillas paraguayas, cerró el primer período de la etapa pre-revolucionaria.

A partir de entonces, las masas pequeño-burguesas se alejan del castrismo y los nuevos movimientos fidelistas, pierden toda influencia entre ellas. El socialismo argentino se divide, la dirección del liberalismo revolucionario de Colombia, deja de apoyar la Revolución Cubana, la Unión de Juventudes Revolucionarias del Ecuador deja de ser una organización de masas, el APRA Rbelde (MIR) pasa a ser una pequeña secta norteña. Las elecciones estudiantiles son un síntoma de la nueva realidad. En 1960 el castrismo había triunfado prácticamente en todas las universidades del continente. En 1961-62, los estudiantes católicos infringen a la izquierda, duras derrotas en Argentina, Chile, Venezuela y en otros países, salvo el Perú, donde empieza a manifestarse el ascenso de masas. La clase media latinoamericana empieza a ser ganada desde entonces por la Alianza Para el Progreso. La Democracia Cristiana en particular y los partidos liberales pequeño-burgueses empiezan a convertirse en verdaderas potencias electorales, como ala izquierda de la colonización yanqui.

Pero al mismo tiempo que hacen crisis la metodología y las organizaciones castristas y las clases medias les dan la espalda, empieza a ascender lentamente el movimiento de masas, y a su compás, la vanguardia revolucionaria hace importantísimas experiencias sobre el aventurerismo y la subestimación de la acción de las clases explotadas. Se abre así un período crítico, de revalorización de las experiencias y de discusión política e ideológica, mientras en el Sur peruano comienzan a desarrollarse elementos de poder dual, la clase obrera argentina produce el 18 de marzo, se funda la nueva organización campesina en Méjico y el proletariado empieza a dar importantes batallas en Brasil y Uruguay.

Sobre la base de estos embriones madura un cambio profundo, objetivo y subjetivo en las masas, en su vanguardia y en sus organizaciones. El surgimiento de Hugo Blanco como máximo representante de la revolución agraria latinoamericana, coincide con un cambio cualitativo de conjunto. El ascenso de masas se generaliza y vuelve a plantearse el problema del poder obrero y campesino como una perspectiva a corto plazo.

Este nuevo período se diferencia del primero, que también es ascendente y pre-revolucionario, por los siguientes elementos: a) ahora ya no es la pequeño-burguesía urbana y el proletariado los que están a la ofensiva; b) el proceso revolucionario se nacionaliza y se apoya en las condiciones de cada país abandonando el latinoamericanismo abstracto; c) la nueva vanguardia comienza a elevarse a consecuentes posiciones obrero-revolucionarias; d) por primera vez en la historia latinoamericana, cuadros trotskistas se convierten en máxima dirección del proceso revolucionario.

Las condiciones particulares de éste período hacen que, en relación a las masas y a la construcción de la herramienta partidaria de su liberación, deba considerárselo como una etapa nueva. La más elevada que ha dado hasta ahora la Revolución Latinoamericana, que coincide a su vez con el comienzo de la crisis más profunda del máximo enemigo de los pueblos: el imperialismo yanqui.

II. - Comienza a derrumbarse la Alianza Para el Progreso, y con ella toda la dominación yanqui sobre Latinoamérica

El colosal enemigo de las masas latinoamericanas está entrando en las etapas decisivas de su crisis. Su último experimento para perpetuar su dominio, la Alianza Para el Progreso, ha comenzado su derrumbe, y con él arrastra hacia el abismo al conjunto de su régimen imperialista. Esta nueva crisis no es meramente episódica. Es la culminación de todo un proceso de colonización y de la resistencia de los pueblos y las ma

sas explotadas a esa colonización.

Desde el comienzo de la última guerra la política del imperialismo yanqui hacia América Latina ha pasado por las siguientes etapas: 1) Desplazamiento de los imperialismos europeos debilitados por las guerras, apoyado en el acuerdo con los más importantes sectores de las burguesías nacionales y las viejas direcciones del movimiento obrero. Es la etapa de los Frentes Populares con el stalinismo y del comienzo de la colonización político-diplomática a través del sistema interamericano. 2) Utilización de métodos terroristas ante el crecimiento de la oposición nacional, producto del fortalecimiento de pos-guerra, de nuestros países. El imperialismo fomenta golpes militares (Venezuela, Perú, Colombia, etc.) apoya a las peores camarillas militares en su afán por liquidar la resistencia nacional-democrática y el ascenso del movimiento de masas, mientras pretende super-explotar las economías nacionales (misión Klein-Shack, Plan Presbich, etc.). 3) Comienzo de una nueva política reformista a partir del gobierno de Eisenhower, tendiente a impedir que la lucha por las libertades democráticas y contra las dictaduras, pueda poner en peligro su predominio económico, político y militar. El Departamento de Estado alienta gobiernos surgidos de elecciones formalmente libres y estimula el derrocamiento de las dictaduras militares. El paso de la segunda a la tercera etapa, no es simultánea en todos los países. En Argentina o en los países cuyos gobiernos burgueses seguían intentando resistir a través de regímenes semi-bonapartistas de carácter totalitario y con apoyo de masas, el imperialismo intenta combinar la utilización de métodos terroristas políticos y económicos (asaltos a los sindicatos, Plan Presbich, etc.) con la implantación de la democracia formal. 4) Intento de transformar la etapa de reformismo político impuesto por Eisenhower en etapa reformista político-económica bajo el gobierno de Kennedy, en respuesta al comienzo de la ofensiva revolucionaria de las masas tras la revolución Cubana. Desde fines de 1961 esta política adquiere organicidad alrededor de la Alianza Para el Progreso. Con ella el imperialismo intenta su más audaz política: encarar en forma bismarckiana las tareas democráticas formales aún pendientes en el continente, tendiendo a canalizar el movimiento de masas y a retomar la ofensiva en todo el continente. Pero con el nuevo ascenso de masas y la generalización del poder dual estamos asistiendo al fracaso de la contraofensiva imperialista y al comienzo del avance final de la Revolución Latinoamericana.

Del análisis de estas distintas etapas surge claramente que el imperialismo yanqui obtuvo grandes triunfos tácticos derrotando la resistencia de las naciones del sur del continente, pero cada uno de esos triunfos -que en su conjunto significaron hacia 1952-55 su triunfo estratégico formal- no hicieron más que desarrollar incesantemente la resistencia de las masas, profundizar sus métodos de lucha, promover nuevas direcciones y organizaciones y unificarse a escala Latinoamericana en un único gran movimiento de conjunto. A partir de la Revolución Cubana el carácter defensivo y burgués-democrático de la resistencia a la colonización, se convierte en ofensivo-revolucionario, de contenido obrero y campesino, y entronca directamente con la propia revolución negra y socialista de los Estados Unidos. El imperialismo yanqui demuestra así su inexorable condena a morir a breve plazo, ya que la obtención de sus fines históricos, no hace más que agravar su crisis y desarrollar las fuerzas cada vez más poderosas que lo derrotarán.

Con la Alianza Para el Progreso el imperialismo hace un esfuerzo desesperado para salvar una zona clave de su estrategia mundial contrarrevolucionaria. Antes de la Revolución Cubana la política yanqui en América era cargar sobre ella los efectos de su crisis económica y de la ofensiva de masas asiáticas. Eso hacía que la colonización del sur estuviera indisolublemente unida a la estructuración de un régimen jurídico y económico que facilitara al máximo las superganancias de los grandes trusts imperialistas (Rockefeller, Mellon, Grace, etc.) en base al saqueo de las economías nacionales. Así se explica que mientras en zonas como la India, Turquía o el sudeste asiático, los Estados Unidos invertían importantes fondos como subvención y crédito de desarrollo, en América Latina las inversiones tenían un franco sentido esquimal -destinado a producir ganancias generalmente superiores al 100% anual. Esta política -ligada íntimamente a la estructura agraria y minera de Sudamérica- era determinante de sus aliados (burguesías tradicionales mineras y terratenientes y grandes monopolios industriales, en la mayoría de los países) y de las formas políticas de su dominación (dictaduras militares apoyadas por las oligarquías nativas, donde no existía una sólida clase media pro-imperialista en la que apoyarse).

Con la Alianza Para el Progreso el imperialismo comprende -por intermedio de sus más dinámicos grupos monopolistas- que su vieja política lleva a un rápido fin a su sistema. Y es así como en 1961 lanza el famoso grito de Punta del Este, respondiendo al discurso pronunciado en Buenos Aires, prometiendo invertir 20 mil millones de dólares en 10 años para estimular la democracia, la justicia social y el desarrollo económico latinoamericano. Apenas proclamada, la Alianza parece tener un éxito a-

4

rollador. Las clases medias, los sectores más importantes de las burguesías nativas y aún de las direcciones sindicales, le brindan su más amplio apoyo, mientras que muchos de los más capaces técnicos e intelectuales del continente, se convierten en sus voceros.

Este aparente éxito inicial, se debe, sin embargo, a razones coyunturales: a) La ruptura de las clases medias con la Revolución Cubana, en busca de la democracia formal y la falta de una política de su dirección para ayudar a romper las cristalizadas burocracias sindicales. b) El cierre de los mercados europeos y la esperanza que despertada entre la burguesía latinoamericana las posibilidades de la apertura de los mercados de todo el continente. Estas razones se combinan con las esenciales, que construyen la columna vertebral de la Alianza: el profundo terror del conjunto de las fuerzas contrarrevolucionarias ante el avance de la liberación nacional y social del continente, junto a la aceptación parcial por parte del imperialismo, del chantaje de las burguesías más fuertes de América Latina.

Sin embargo estas razones puramente circunstanciales, entraron a chocar con las verdaderas posibilidades de fondo de aplicar el plan Kennedy para la América del Sur. El Congreso de los Estados Unidos entró a negar sistemáticamente los dólares prometidos y el imperialismo se debió conformar con meras declaraciones y promesas de ayuda. Esta situación no obedeció a simples razones circunstanciales sino que expresa la situación real de la economía norteamericana, que se haya al borde de su más pavorosa crisis.

Sin comprender la profundidad de la crisis económica del imperialismo y por lo tanto de su imposibilidad total de llevar adelante los objetivos proyectados, no pueden los cuadros de nuestro partido estar suficientemente armados de la confianza y la fe revolucionaria para comprender el carácter irreversible, irremisible de la crisis del imperialismo y las perspectivas, a corto plazo, de la revolución. Por esta razón es que esto merece una pequeña aclaración. La crisis del 30, fue una tremenda explosión de la economía yanqui que originó la destrucción en masa de riquezas y puso a su sistema capitalista en peligro de desaparecer, pero entonces la economía norteamericana tenía inmensas perspectivas dinámicas que fueron las que hacia el comienzo de la guerra le permitieron su recuperación: su desarrollo a expensas del capitalismo europeo y sus colonias.

Fue así como el imperialismo yanqui salió de la guerra mundial en un coloso, que había penetrado profundamente en el capital financiero de los propios países capitalistas europeos, había reemplazado al imperialismo europeo en Asia y Medio Oriente, había perfeccionado su dominio de América Latina y había ganado para su agricultura los más importantes mercados mundiales cerealeros. Pero un coloso que mostró muy poco después de la pos-guerra la fragilidad de sus pies, al ver revertir sobre sí, la consecuencia de su propia expansión. Su acaparamiento del oro y los medios de pago mundial, lo obligó a suministrar crecientes préstamos a sus compradores, sin perspectivas de devolución; su industria pesada y semipesada empezó a soportar las consecuencias de la recuperación europea obligando a las acerías a trabajar a media capacidad y dejando más de seis millones de desocupados en todo el país; la baja de los precios agropecuarios de pos-guerra le obligó a subvencionar a sus agricultores como medio de conservar estabilizado su propio mercado interno; a esta situación interna se debió sumar las consecuencias de su indiscutida jefatura del capitalismo mundial: afrontar el avance de la revolución colonial, afrontando la subsistencia de los regímenes fascistas del sudeste asiático, de las defensas militares del régimen capitalista en su conjunto y de los gastos de la guerra fría y del armamentismo, al tiempo que los del acuerdo diplomático contrarrevolucionario mundial (los EE. UU. son los principales sostenedores de la UN).

Esta situación de conjunto, originó la constante declinación de la economía norteamericana. Su tasa de crecimiento se detuvo mientras se acentuó la declinación de la tasa interna de ganancia (una de las más bajas del mundo), de la acumulación de capital, de los gastos parasitarios y del déficit de su balanza de pagos.

Este esclerosamiento de la economía norteamericana, ha determinado la nueva política monetaria y financiera de Kennedy de favorecer la acumulación interna de capital en desmedro de las inversiones exteriores, y una serie de medidas más, tendientes a reactivar la economía interna. Dentro de este marco es que deben interpretarse las negativas del congreso de los Estados Unidos, a aprobar los fondos prometidos a América Latina, y la reticencia general de los capitales privados y estatales norteamericanos a suministrar créditos a Latinoamérica.

Sobre la base de estas escasas posibilidades financieras debe ubicarse la viabilidad de las promesas de la Alianza Para el Progreso.

Su planteamiento de defender la legalidad constitucional en toda América Latina - que encará especialmente su máximo agente: el gobierno venezolano de Rómulo Betancourt - se ha visto golpeado constantemente por la crisis crónica de las burguesías nacionales agraviada por las tensiones que decide la nueva política norteamericana. La resistencia de las oligarquías nacionales y de los sectores burgueses con menores perspectivas de

desarrollo dentro del mercado interamericano, sumado al nuevo papel que tiende a personificar las FF. AA. como principal bastión de la contrarrevolución. La unión de ambos elementos, en oposición al creciente avance de las masas, tiende a promover constantes golpes militares (Perú, Argentina, Ecuador, República Dominicana, Venezuela, Brasil, Guatemala). Sus promesas de desarrollo económico han encontrado la firme oposición de la estructura económico-social del continente, que impide todo rápido progreso sin modificar radicalmente las relaciones de propiedad. Así han fracasado por completo sus tibios intentos de promover reformas agrarias y apenas consigue avanzar su proyecto de promoción del libre comercio, ante la mutua desconfianza de las burguesías nacionales históricamente enfrentadas por sus mezquinos celos de mercado, mientras se acentúa el estancamiento crónico de las fuerzas productivas del continente.

Pero la Alianza no es un mero fracaso, ya que sus consecuencias son aún más graves para el propio imperialismo. Al plantear, aún en forma distorsionada y formal, las principales necesidades de la revolución democrática Latinoamericana (tierra, democracia, vivienda y desarrollo), la Alianza estimula una dinámica que no puede contener. Pone en movimiento a grandes sectores populares, especialmente a las clases medias, que toman las banderas de la Alianza y luchan por su cumplimiento. De esta forma se ven proyectados más allá de lo que el imperialismo puede conceder y se convierten en aliados inconcientos de las masas obreras y campesinas. Los Partidos Demócratas Cristianos son una típica manifestación de este fenómeno. Convertidos en partidos izquierdizantes de la pequeño-burguesía católica, a partir de la nueva política de la Iglesia promovida por Juan XXIII, tendieron rápidamente a convertirse en los más típicos exponentes de la A. P. E. P. reflejando la estrecha unión entre la Iglesia y el imperialismo yanqui. Pero, impulsadas por la propia dinámica de sus posiciones, adquieren gran desarrollo tendencias cada vez más avanzadas, cuyo típico ejemplo son la Democracia Cristiana Chilena o la izquierda sueldista argentina, que suelen esbozar posiciones más avanzadas que los Partidos Comunistas. Este fenómeno tiende a hacer más contradictoria la realidad política latinoamericana y a darle un carácter fluctuante, en que las organizaciones, líderes y programas de la pequeña burguesía, sufren un proceso constante de transformaciones y cambios, similar en sus formas a la de las organizaciones y líderes de las masas obreras y campesinas.

La política de la izquierda revolucionaria en relación a la Alianza para el Progreso es de la mayor importancia. La estrategia no puede ser más que una: denunciarlo como un intento contrarrevolucionario del imperialismo yanqui destinado a escamotear el proceso revolucionario de fondo que protagonizan las masas explotadas del continente. Pero junto a esta denuncia estratégica, la izquierda revolucionaria debe oponer una audaz táctica destinada a agudizar las contradicciones de la Alianza, ahondando cada vez más la distancia que empieza a separar a las masas que se movilizan por sus objetivos y las posibilidades reales de concretarlos por parte del imperialismo. Para ello debe tomar todas las promesas demagógicas del imperialismo, desarrollándola y planteando la movilización revolucionaria de las masas para concretarla. El planteo de Reforma Agraria debemos hacerlo nuestro, pero complementándolo con ocupación de tierras; al planteo de planificación y reformas económicas debemos contestarle con nuestro planteo de control obrero; a la promesa de techo, debemos oponer nuestro programa de reforma urbana. Esencial importancia tiene la utilización de la principal consigna de la Alianza: la consigna de legalidad constitucional y libertades democráticas. Esta consigna debe ser denunciada por los Revolucionarios, anteponiéndola a la verdadera democracia de contenido, obrera y campesina, pero al mismo tiempo, una vez que intenta ser aplicada por el imperialismo, debe ser utilizada audazmente para el desarrollo de la organización del movimiento de masas y los objetivos revolucionarios concretos que estas se fijan.

Debemos aprender la lección de todos los grandes procesos históricos de liberación, y especialmente de la primera independencia latinoamericana. En él los patriotas criollos supieron utilizar la política contradictoria del imperio español, que -forzada por sus necesidades de resistir al capitalismo inglés- se vio obligada a estimular desde arriba un gran movimiento democrático burgués, que no hizo más que acentuar las fuerzas antagónicas coloniales. Apoyadas en las propias condiciones desarrolladas por la metrópoli, nuestra primera generación independiente supo batir al enemigo extranjero y edificar las veinte patrias que componen nuestra gran nacionalidad continental.

III. - Las burguesías Latinoamericanas han concluido su ciclo; ya nada pueden esperar de ellas las masas explotadas.

Hasta los años 52-55, sectores de las burguesías nacionales jugaron un importante papel en la resistencia a la colonización yanqui. Apoyadas en las superganancias obtenidas durante la guerra mundial y en nuevas organizaciones de masas, los gobiernos de Perón, Vargas

gas, de Ibañez, de Villaroel, de Velazco Ibarra, de Arévalo, acaudillaron por toda una etapa histórica la defensa de la soberanía nacional de los países L. A., a pesar de sus constantes capitulaciones y su imposibilidad de liquidar a los dos grandes enemigos de los pueblos del continente: los monopolios imperialistas y los terratenientes tradicionales.

Pero desde entonces las burguesías nacionales en su conjunto han ido abandonando progresivamente su rol nacionalista, para verse subordinadas cada vez más al frente contrarrevolucionario encabezado por el imperialismo yanqui. Este cambio de frente obedeció a una razón esencial: El agudizamiento de la crisis de las economías nacionales provocadas por la propia colonización imperialista, alentó la lucha de clases y las puso a merced de las masas. Entre ellas, las que planteaban reivindicaciones incompatibles con sus privilegios y el imperialismo que las aceptaba como socio menor, las burguesías nacionales no tenían más opción que el imperialismo. Fue esta la razón que llevó al gobierno de Perón a entregarse sin luchar y a Paz Estensoro a apoyarse en los EE. UU. para resistir a las milicias obreras y campesinas. Esta gran ley -contradictoria como todas las leyes históricas, adquiere particular claridad a partir de la revolución cubana.

Significa esto, sin embargo que las burguesías nacionales se han fundido a partir de entonces con el imperialismo y que sus roces con él han desaparecido? Muy por el contrario, significa que sus roces con él han aumentado al tiempo que entre los sectores de la burguesía entre sí, y se han hecho aún más profundos con el acentuamiento de la colonización imperialista, pero también que, al mismo tiempo, estas contradicciones se han convertido en secundarias en relación a la contradicción esencial que separa al conjunto de las clases explotadoras de las masas explotadas.

Esta realidad, tan profundamente rica y contradictoria, es la que determina los roces de las burguesías con el imperialismo. El gobierno de Janio Quadros y el actual de Goulart en Brasil, el gobierno mexicano, el uruguayo, el ecuatoriano, el chileno y aún el argentino de Frondizi, y el peruano de Prado, han tenido serios roces con el imperialismo. Pero estos roces han sido esencialmente diferentes a los que protagonizaron los gobiernos burgueses de las postguerra. A diferencia de aquellos, tuvieron un carácter episódico, relativo, constantemente débil y difuso, sin ninguna posibilidad histórica de un relativo asentamiento que posibilitara un gobierno estable y una política definida.

Esta situación de conjunto de las burguesías nacionales, condena a los estados latinoamericanos a una crisis constante. De acuerdo a la distinta relación de fuerzas con el movimiento de masas, al agudizamiento de sus enfrentamientos internos, y a la manifestación concreta de sus contradicciones con el imperialismo, se producen bruscos cambios políticos, se rompen los partidos políticos tradicionales, se dan golpes militares, renuncian presidentes y se suceden las crisis de gabinete.

Estas contradicciones tácticas, interburguesas y de la burguesía con el imperialismo, pueden tener incluso un carácter profundo y relativamente acentuado.

Es obligación de la izquierda revolucionaria comprender su importancia concreta para poderlas utilizar para sus fines revolucionarios. La primera de ellas es la que se da alrededor de sus relaciones con el Estado Obrero Cubano. Algunos gobiernos L. A., impulsados por su necesidad de chantajear al imperialismo y contener a sus propios movimientos de masas, mantienen relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba y se oponen firmemente a los intentos del imperialismo de lanzar la invasión abierta contra la isla heroica. Otra de estas manifestaciones es el levantamiento de consignas nacionalistas como las elevadas por el gobierno de Goulart y las prometidas por Illía. Todas estas manifestaciones de contradicciones tácticas pueden ser utilizadas para profundizar las contradicciones estratégicas que separan al conjunto del pueblo con el imperialismo, al tiempo que para apresurar la experiencia de las grandes masas en sus direcciones burguesas.

IV) El poder de las masas alcanza formas organizativas y políticas superiores. Las izquierdas revolucionarias hay que generalizarlas, profundizarlas y centralizarlas.

La característica más esencial de la nueva etapa revolucionaria que se abre es el desarrollo progresivo del poder dual en sus más variadas y ricas manifestaciones nacionales. Esto da un carácter particular a la revolución latinoamericana, a la vez que la distingue de las otras grandes revoluciones históricas.

La revolución rusa, la china, la yugoeslava, la indochina, la Cubana, la argelina, tuvieron un eje organizativo y político claro y determinado, alrededor del cual se desarrollaron las manifestaciones del nuevo poder revolucionario de las masas. En la revolución rusa y en las revoluciones derrotadas de los países avanzados de Europa, los con-

sejos barriales y de fábrica centralizaron el proceso revolucionario. En China, en Yugoslavia, en Indochina, en Cuba y en Argelia la lucha armada contra ejércitos mercenarios o la ocupación extranjera, apoyada en las masas campesinas y los sectores más revolucionarios de la pequeña burguesía urbana, determinaron el desarrollo del nuevo poder. En algunas de estas revoluciones, como en la China o la rusa, existieron otras manifestaciones aisladas de poder revolucionario como la ocupación de tierras y fábricas, pero como formas totalmente secundarias en relación a la principal.

La revolución Latinoamericana, por el contrario, se expresa a través de las más variadas manifestaciones de poder dual. De acuerdo al país y de acuerdo a la región, las masas L. A. se han expresado a través de ocupaciones de fábricas, tierras y minas, de creación de milicias obreras y campesinas, de la sindicalización masiva campesina, del enorme poder de las comisiones de fábrica, de la liberación de zonas mediante la guerra de guerrillas, y -ahora- por una nueva forma: la sublevación de partes de las propias FF. AA. del estado burgués. Esto hace que la revolución L. A. tenga caracteres muy particulares y ricos, que resumen la experiencia histórica de la revolución mundial. Tal vez solo una revolución, la española, haya mostrado una riqueza parecida en las formas de poder popular.

Las nuevas formas de poder dual de las masas obreras y campesinas del continente tienen por ahora un carácter atomizado que es producto del aislamiento de los distintos países y la diversidad regional y social del continente, al tiempo que perpetuado por la falta de una dirección revolucionaria centralizada. Pero la existencia de una revolución de conjunto nacional y social L. A., hace que este aislamiento se convierta en unidad dialéctica del conjunto de las manifestaciones del poder de las masas, a través del ejemplo y las enseñanzas que cada una de ellas brindan al conjunto de las clases explotadas.

Las actuales formas del poder de las masas se desarrollaran embrionariamente a través de las propias contradicciones internas de las burguesías nacionales y de estas con el imperialismo a partir de la post-guerra. Entonces, y por más de una década, el deseo de organización del proletariado y el campesinado, es canalizado por las burguesías nacionales. Las Comisiones Internas de fábrica son alentadas por el propio gobierno nacionalista de Perón, en sus esfuerzos para ganarse a la clase obrera para poder resistir al imperialismo. La sindicalización campesina del Perú y el nordeste brasileño, comienza alentado por sectores de las propias burguesías industriales y financieras nacionales, que deseaban ampliar el mercado interno de sus países a expensas de gamonales y fazendeiros. Las zonas liberadas de Colombia son la consecuencia de la intensa guerra civil contra los grandes terratenientes, alentada por la propia burguesía liberal costeña. La guerra de guerrillas en Cuba surgió alentada por sectores de la oligarquía azucarera de la Provincia de Oriente, en su lucha con la nueva burguesía burocrática de la Habana expresada por Batista. Solo las milicias armadas bolivianas son producto exclusivo de la combatividad revolucionaria de su proletariado minero y campesinado cochabambino. Pero aún así, debe interpretarse como parte de un proceso nacionalista de conjunto contra los "barones del Estanto", y en esa medida tolerado por los propios sectores burgueses y pequeño-burgueses nacionalistas.

En la medida en que las burguesías nacionales fueron pasándose al campo imperialista, las manifestaciones embrionarias de poder dual fueron elevándose a expresiones clasistas revolucionarias independientes de la burguesía. Esta es la etapa del surgimiento de Fidel Castro como líder indiscutido de la Revolución Cubana y L. A., del desarrollo de las ligas campesinas en el Brasil, del comienzo de la crisis de la burocracia lechinista en la dirección del proletariado minero boliviano, del cambio de dirección de la resistencia guerrillera en Colombia y del elevamiento a posiciones revolucionarias del campesinado cuzqueño.

Se eleva a su vez, esta nueva etapa, con el nuevo impulso de la lucha de clases a partir del último año y la crisis de las direcciones empíricas y oportunistas.

De la gran cantidad de procesos que componen la actual etapa de la revolución, nos detendremos en cuatro, para ver sus principales particularidades. Dos de ellos, el peruano y el brasileño, se caracterizan por asentarse en la sindicalización campesina. Otro, el boliviano, por volver a replantear el enfrentamiento del poder obrero y campesino con el poder burocrático y burgués. Finalmente el último, el argentino, por tener planteado la reconquista de los elementos embrionarios de poder dual alcanzado por su clase obrera: Las Comisiones Internas de Fábrica, los cuerpos de delegados y los grandes plenarios de la clase.

La sindicalización campesina, tiene en la mayoría de los países L. A. un profundo sentido revolucionario. Siendo el campesinado la clase más alienada de la población, su organización independiente como clase la lleva inevitablemente a chocar con el aparato estatal en su conjunto, en la medida en que se plantea el único objetivo que el Estado no le puede dar: la tierra. A su vez, las organizaciones sindicales campesinas se diferencian con las obreras, -que generalmente se hallan ya asimiladas al régimen estatal burgues-, en que dentro del

campesinado no existe una capa dirigente burocratizada, que ha sido aristocratizada en relación a su clase a través de un largo proceso histórico como sucede con las organizaciones sindicales obreras. Ello no quiere decir que estado burgues-imperialista no intente burocratizar y domesticar a los Sindicatos, y que incluso pueda hacerlo apoyándose en direcciones no campesinas como la de Juliao en Brasil) en agentes directos del gobierno, como en la mayoría de los sindicatos bolivianos, o -excepcionalmente- en capas regionales de campesinos acomodados. Pero este propósito chocará necesariamente con el sed de tierra del campesinado que no puede ser canalizada a través de ningún sendero legal. De allí la quiebra histórica de las direcciones campesinas reformistas en la situación concreta de la Revolución Latinoamericana y la tremenda perspectiva abierta a la sindicalización revolucionaria. Esto no quiere decir que la revolución agraria deje de tener un contenido burgues, pues su objetivo esencial (propiedad privada de la tierra) es esencialmente burgués. Significa que actualmente queda enmarcada dentro de la revolución obrera-socialista de América Latina en cuyas manos queda la solución del problema de la tierra.

El proceso de la revolución campesina en Perú es mucho más conocida por nuestra organización que el Brasileño, por estar dirigida por una organización hermana. En él lo esencial es la extensión y consolidación masiva de la sindicalización campesina y la combinación de dicha sindicalización con medidas efectivas de poder regional (ocupación y reparto de tierras, erección escuelas y hospitales, cobro de impuestos, creación de milicias de los Sindicatos, etc.). En el Cuzco -la zona más avanzada-, el poder dual "por abajo" (desacatamiento de las masas a la autoridad burguesa), se combina con los elementos esenciales del poder dual "por arriba" a escala regional ("reunir de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado", como lo definió Trotsky). Su carácter esencial es pues, que el poder dual de las masas ha empezado a manifestarse en el surgimiento embrionario de un nuevo poder estatal revolucionario, aunque todavía muy delimitado regional y políticamente y totalmente desorganizado por la brutal represión gubernamental. Junto a este centro del nuevo poder existen otras manifestaciones esenciales a través de las comunidades campesinas del Centro (cerro de Pasco, Huancayo) y los sindicatos del sur (Puno) ahora en franca extensión hacia el norte (Huancavelica, Ayacucho). La principal tarea de los revolucionarios peruanos es desarrollar el proceso de sindicalización campesina "especialmente en el valle y en ceja de la montaña", como plantea Hugo Blanco, mientras se consolida el nuevo poder "por arriba" mediante la realización de un Gran Congreso Nacional de Sindicatos y Comunidades Campesinas.

La revolución agraria brasileña tiene características diferentes a la peruana. Esta es mucho más diversificada regionalmente a lo largo de todo el interior del Brasil (Foz Iguazu, Minas Geraes, los propios estados de Río de Janeiro y Sao Paulo y esencialmente el nordeste) y a diferencia de la peruana carece de una dirección revolucionaria en su centro más importante: el nordeste. Las Ligas Campesinas, que tienen su fuerte en esta última región, han desarrollado una política sindicalista reformista, tendiente a contener la revolución campesina dentro de los límites de la conciliación de clases. Esta política ha hecho que el poder dual expresado "por abajo" a través del tremendo peso de las organizaciones campesinas en relación a los terratenientes como clase, no se haya elevado al plano del poder estatal embrionario, como así ha sucedido en otras regiones menos importantes del Brasil, donde se hallan tierras ocupadas y existen milicias campesinas. En el Brasil está planteada, junto con la expansión de la sindicalización y la profundización de sus métodos, la lucha por una nueva dirección campesina revolucionaria que unifique la revolución agraria, precise sus objetivos y los una a los del proletariado y los sectores revolucionarios de la pequeña burguesía. El problema del poder dual en Bolivia vuelve a actualizarse. Tras la asimilación de las direcciones sindicales -esencialmente mineras- por la corrupta burocracia estatal, se abre a partir de los años 1960-61, un proceso de recuperación de las organizaciones de clase por nuevas direcciones obreras, cuya principal manifestación es la pérdida por el lechinismo de la dirección de las dos más importantes minas (Catavi y siglo XX) y de la Regional de Cochabamba. Al mismo tiempo se acentúa la radicalización del campesinado y el surgimiento de líderes revolucionarios que apoyan a la Revolución Cubana y tienen el control de zonas geográficas claves. El choque decisivo entre el gobierno y el proletariado minero alrededor de los planes de reestructuración de la industria del estaño propuesto por el imperialismo, reactualizó el problema del poder. El triunfo del proletariado minero sobre el gobierno (lo obligó a retroceder en sus planes) significó un paso importantísimo en la consolidación de las nuevas direcciones de clase y el establecimiento de una nueva relación de fuerzas favorable a las masas y el poder obrero-campesino. De aquí en adelante está abierta la perspectiva de la liquidación de la burocracia lechinista de la dirección del movimien

to obrero y para consolidar "por arriba" el poder real del proletariado y el campesinado de los lugares de trabajo y desalojar a la burocracia moviemientista del poder estatal. Esta perspectiva boliviana ilumina las perspectivas de conjunto de la clase obrera latinoamericana y le señala su rol de vanguardia en la revolución de conjunto antiimperialista y agraria.

El caso argentino está suficientemente aclarado en el documento nacional. Sin embargo, es bueno mostrar sus particularidades concretas en relación a la construcción del poder dual en nuestro país y el desarrollo del poder de las masas en toda América Latina. En nuestro país no han existido nunca verdaderas formas de poder revolucionario, como existen en Bolivia, Perú, Brasil o Colombia. Su antecedente reciente más parecido debe encontrarse en la tradición democrática y antipatronal de sus comisiones internas, cuerpos de delegados y grandes plenarios de "las 62", que llegaron a constituir rudimentos en brionarios de poder dual "por abajo" a partir de 1944. Estos rudimentos de poder obrero resistieron durante todo el peronismo el embate tremendo de la burocracia sindical y el Estado, renacieron hacia 1956 tras ser aplastados por la "Libertadora" y fueron la base esencial del gran ascenso de los años 1957-59, para ser finalmente aplastados por la obra conjunta de la burocracia sindical y la burguesía "integradora". La actual tarea de los revolucionarios argentinos es reconstruir las Comisiones Internas de fábrica en lo más honroso de sus tradiciones democráticas y antipatronales, al tiempo que elevándolas a las nuevas necesidades políticas de la revolución argentina y L. A.

Estos ejemplos resumen lo esencial del nuevo poder revolucionario que sacude al continente; pero de ninguna forma lo agotan. Todo tipo de manifestación nueva muestra distintos y variados caminos. Una institución tan contrarrevolucionaria como lo son las FF! AA. han comenzado a resquebrajarse por obra de su joven suboficialidad antiimperialista. Los sucesos de Brasilia, sumados a los levantamientos de Puerto Cabello y Carúpano en Venezuela y al desarrollo de las logias nacionalistas en la Argentina, hacen ver que el poder estatal burgués se cae a pedazos y que por todos lados afloran manifestaciones del nuevo poder obrero y popular.

Nuestra tarea esencial en relación a las masas, es elevar y desarrollar con la mayor amplitud y profundidad posible, todas las manifestaciones del nuevo poder de las masas. El desarrollo objetivo de este proceso multitudinario, variado, rico y contradictorio, agotará las fuerzas de la contrarrevolución y posibilitará el asalto al poder y la instauración de nuevos gobiernos obreros y campesinos.

V) Nuestra dirección L. A. : el S. L. A. T. O. , comienza a ser ya la dirección de la revolución L. A.

Por su línea política principista y su férrea ligazón a las masas obreras y campesinas, una sección del SLATO - el FIR peruano- está dirigiendo el más importante proceso revolucionario de toda A. L. Por primera vez, una dirección trotskysta se convierte así en dirección de una de las más importantes revoluciones mundiales, destruyendo de esta forma la leyenda negra forjada por el stalinismo, que pretendía identificar al trotskismo con el sectarismo, el ultraizquierdismo, el divisionismo y la provocación. De esta forma el trotskismo demuestra, no solamente que no es sectario, ultraizquierdista, provocador o divisionista, sino que es el gran campeón dentro del movimiento revolucionario de la lucha contra el sectarismo, el ultraizquierdismo, el divisionismo y la provocación. El FIR surge como el gran partido de la Revolución Peruana, porque -defendiendo la línea intransigente del SLATO- plantea el partido único de la Revolución, combate las desviaciones putchistas de ultraizquierda y defiende la íntima ligazón de los cuadros revolucionarios con el movimiento de masas contra las corrientes sectarias y provocadoras. Si señalamos el rol concreto del FIR, es porque su experiencia ha servido más que mil programas y documentos para el esclarecimiento de la nueva vanguardia revolucionaria. Pero el rol concreto del FIR solo puede interpretarse a través de la gran batalla política, ideológica, principista y organizativa librada por el SLATO contra el ultraizquierdismo castrista. Creemos que esta batalla es el capítulo esencial, dentro del proceso crítico y subjetivo de la construcción de la nueva dirección revolucionaria. La discusión alrededor de la Revolución Peruana, -y ligada a ella, del conjunto de la Revolución L. A. - el principal foco de luz que aclara la perspectiva revolucionaria de la nueva vanguardia. Esta afirmación, que puede entenderse como una afirmación pedantesca, puede sin embargo, ser demostrada claramente a través de la propia experiencia de los cuadros revolucionarios.

La nueva vanguardia que liberó la Revolución Cubana surgió levantando como bandera distintiva el gran aporte de la revolución triunfante: la lucha armada. Todos los sectores revolucionarios del continente se armaron política e ideológicamente alrededor de este

principio, y lo defendieron intransigentemente contra el reformismo krushevista o pequeño burgúes liberal.

El SLATO se unió al castrismo ortodoxo y a las corrientes mabstetunistas de los P. C. en defender el rol creador de la lucha armada, y en plantearse el elevamiento de la lucha de clases al plano militar.

Pero muy pronto, por obra de la equivocada posición de la dirección cubana, el correctísimo principio de reivindicar la lucha armada como método esencial de lucha, tendió a congelarse en un principio dogmático y erróneo: el de la infalibilidad de la guerra de guerrillas y en la subestimación de los movimientos no armados de las masas. El predominio transitorio de este principio causó muchos desastres dentro del movimiento revolucionario y se reflejó dentro del propio SLATO en el surgimiento de una tendencia pequeño burguesa, putchista y liquidadora, que renegaba de todas las tradiciones históricas de la revolución mundial. El surgimiento de esta tendencia, que colocó al borde del desastre a la heroica sección peruana, obligó a un histórico debate político que permitió la liquidación definitiva del ultraizquierdismo pequeño-burgues, y fortaleció ideológica y políticamente a los cuadros del SLATO.

En esencia el SLATO se consolidó en los siguientes principios: a) la incorporación de la lucha armada como método de lucha esencial de la actividad revolucionaria es la más urgente de las tareas que debe afrontar la nueva vanguardia, pero sólo en la medida en que se la aplique como un método de lucha más, tendiente a desarrollar la propia lucha de las masas y la creación del partido revolucionario. b) la guerra de guerrillas apoyada en zonas agrarias, es una táctica extraordinaria que puede dar tremendos frutos, pero siempre que se la entienda como una táctica más que debe ser estudiada cuidadosamente, y que se combina con las demás formas tácticas de lucha armada y no armada de las masas aportadas por la experiencia de la revolución mundial. c) El campesinado puede ser en los países de régimen capitalista más atrasado, la esencial clase revolucionaria por su carácter de clase más negada en sus condiciones de vida; pero este principio -que reforma parcialmente las tesis de Trotsky sobre la revolución permanente- no invalida el papel predominante del proletariado en el conjunto de la Revolución L. A. ; d) El desarrollo de la Revolución Latinoamericana plantea como objetivo político inmediato la posibilidad de imponer gobiernos obreros y campesinos en cada uno de los países del continente. e) Para llevar adelante esta tarea se impone la unidad de las distintas fuerzas revolucionarias a escala nacional y continental, alrededor de la concepción del F. U. R.

Estos principios del SLATO se están imponiendo en toda la línea dentro de la nueva vanguardia.

En el Perú las distintas corrientes izquierdistas desarrolladas por la Revolución Cubana (Las comunistas leninistas, el Apra Rebelde, La Juventud Comunista, los pequeños grupos menores, el propio APUIR) se caracterizaron en un principio por su fortalecimiento en la defensa de la estrategia castrista. Dos años después los comunistas-leninistas aceptan en un todo los principios del SLATO, se integran por completo al FIR e incluso se elevan, alrededor de esta experiencia, a la aceptación de los principios del trotskismo. Junto a ello, el ex Apra Rebelde empieza a debilitarse y muchos de sus mejores militantes comienzan a ingresar al FIR al lado de los mejores elementos de la Juventud Comunista.

En la Argentina, el principal grupo de izquierda expulsado del P. C. (el portantierismo) abandona progresivamente sus viejas concepciones putchistas para plantear principios muy similares a los de P. O. en relación a la estrategia revolucionaria y las formas de lucha. Lo mismo sucede con los mejores elementos de la izquierda estudiantil y del Socialismo de Vanguardia. A su vez, los justos planteos del SLATO posibilitan el reingreso del POR chileno, la creación de un fuerte trabajo en Bolivia, el desarrollo de un nuevo polo de atracción en Venezuela y en Brasil. Podemos decir, generalizando, que todos los elementos revolucionarios que experimentan las consecuencias del aventurerismo y el putchismo y no desean caer en el reformismo, solo tienen un camino: aceptar progresivamente los principios y el programa del SLATO. Siendo conscientes de este proceso, el SLATO debe hacer denodados esfuerzos por terminar su proceso de reorganización y por extenderse a todos los países del continente. Esta es una tarea impostergable, cuyo incumplimiento puede causar serios peligros a la Revolución Latinoamericana.

VI) Construyamos los partidos únicos de la Revolución y una nueva Internacional revolucionaria para A. L.

Así como en relación a las masas, nuestra principal tarea debe ser desarrollar y

extender las actuales manifestaciones de la dualidad de poderes, hacia la vanguardia revolucionaria nuestra principal tarea debe ser la construcción de Partidos Unicos de la Revolución, y su centralización en una nueva internacional revolucionaria a escala continental-

El planteo del partido único y de la Internacional única, fué formulado ya en ocasión del II Congreso Nacional de P.O. y desarrollado propagandísticamente y en la acción por la sección peruana. Pero ahora, a partir de la nueva situación del movimiento revolucionario latinoamericano y mundial, el planteo de los partidos únicos empieza a tener un sentido diferente. Este problema debe ser examinado alrededor de las tesis del F.U.R. formuladas por nuestra organización hace 10 años y en la que se basa nuestra línea actual de Partido único. Esta línea fué lanzada cuando no habíá explotado la crisis del stalinismo y recién comenzaba la crisis del nacionalismo burgues. Entonces, era un aporte esencial el rearmamento político e ideológico de nuestro movimiento mundial, pero desde el punto de vista inmediato era sólo una hipótesis de trabajo. Después de la Revolución Cubana, pasa a ser una arma propagandística esencial con posibilidades de plasmarse en la acción. Finalmente en la actualidad con la ruptura del maoismo con el krushevismo y la crisis del castrismo, que se convierte en una táctica para la acción inmediata de aplicación impostergable. Dos hechos históricos de carácter superestructural, han hecho que el ascenso de las masas comience a manifestarse en su vanguardia conciente en la búsqueda de nuevas armas políticas y organizativas. La ruptura de China con la Burocracia soviética y la experiencia de la nueva vanguardia en relación al empirismo castrista, posibilitan plantear la reunificación de las fuerzas revolucionarias alrededor de posiciones leninistas.

El primer hecho -que es aclarado en el documento internacional- posibilita la liberación de fuerzas revolucionarias formidables que hasta ahora se hallaban aprisionadas por la camisa de fuerza del aparato stalinista, y su franca derivación hacia posiciones de izquierda. Pero a su vez el segundo hecho, posibilita que esas grandes fuerzas liberadas no se canalicen hacia el sectarismo y el oportunismo, sino que busquen serenamente el camino de la revolución.

Ambas crisis, la del krushevismo y la del castrismo, son altamente progresivas en su conjunto, aunque de índole totalmente diferente. La primera es la profundización de la crisis del máximo aparato contrarrevolucionario mundial en el seno del movimiento obrero y de masas. La segunda es el curso de una desviación de izquierda altamente saludable, porque es parte de la crisis mundial del stalinismo y del avance de la revolución mundial.

Pero a pesar de su carácter esencialmente progresivo, el peso del castrismo sobre la nueva vanguardia revolucionaria habíá comenzado ya a ser un poderoso obstáculo al desarrollo de la Revolución Latinoamericana, que amenazaba conducirla hacia el desastre. De allí la importancia de la polémica abierta por nuestra organización y el SLATO contra el empirismo castrista.

Nuestra organización ha sostenido en todo momento el carácter revolucionario de la dirección revolucionaria cubana. Pero al mismo tiempo ha sabido comprender que su experiencia anterior en la lucha de clases y de entroncamiento con la tradición del movimiento revolucionario mundial le daban un carácter revolucionario empírico que, necesariamente, se reflejaba en desviaciones sectarias y oportunistas que ponían en peligro la suerte de la Revolución. Su empirismo la hizo carecer de una línea principista y la llevó a moverse solo por consideraciones inmediatas, sin otro patrón de medida que el éxito inmediato de las acciones empeñadas. Pero el carácter revolucionario de este empirismo hizo que, en esencia, se lo deba definir como una desviación de izquierda de características sectarias y aventureras, dada su tendencia a aceptar un único método de lucha, la guerra de guerrillas, sin tener en cuenta mas que dos consideraciones políticas: las relaciones diplomáticas de los gobiernos burgueses con el gobierno cubano y subordinada a la primera, la experiencia o nó de zonas geográficas aptas.

Pero este carácter sectario y aventurero hace que, allí donde no pueda emplear el único método que preconiza, siga una política abiertamente oportunista y no revolucionaria. Este es el caso de Brasil donde antepone el mantenimiento de buenas relaciones diplomáticas con su gobierno burgues al desarrollo de la revolución agraria. Este, y no otro, es el sentido del apoyo a la Dirección de las Ligas Campesinas y a líderes burgueses como Brízola. Lo mismo sucede con Chile, donde sostiene al allendismo; en Bolivia, donde apoya al ñuflismo, y en la Argentina -aunque por distintas razones- donde sucesivamente apoyó al Socialismo Argentino y al cookismo. En todos estos casos ha dado enorme ayuda financiera a todas estas corrientes oportunistas. Por el contrario, allí donde tiene gobiernos mortalmente enemigos, alienta y sostiene la lucha armada y el terrorismo en to

das sus formas, como en Venezuela. En este país se apoya únicamente en la existencia de una poderosísima y temeraria vanguardia pequeño-burguesa educada en la resistencia clandestina a la dictadura militar de Perez Gimenez y agrupada en dos fuertes organizaciones revolucionarias (el P. C. y el M. I. R.) ignorando al movimiento de masas y entregándolo inerte al régimen de Betancourt. De esta forma sostiene a costa de incruentas vidas y recursos, una guerra sólo sostenida por la fortaleza organizativa, humana y financiera de las FALN, la crisis del régimen burgués y el avance de la revolución a escala Latinoamericana.

La experiencia de la nueva vanguardia hacia éstos métodos castristas, posibilita llevar adelante la estructuración de sólidos frentes únicos revolucionarios, alrededor de programas obreros revolucionarios y métodos bolcheviques de trabajo. Pero, siendo la dirección cubana una dirección honesta y revolucionaria a carta cabal, la formación de sólidos frentes únicos revolucionarios que desarrollen una política justa, posibilitan que ella misma se eleve a posiciones consecuentemente obreras y revolucionarias, superando sus métodos empíricos y sus tendencias sectarias y oportunistas. Para nuestros cuadros, Latinoamérica es pues, una tarea esencial la de desarrollar sólidos frentes únicos con las organizaciones que surjan de la crisis del nacionalismo burgués, del stalinismo y del castrismo. La profundización de esos frentes únicos nos llevará a formar grandes partidos únicos de la Revolución sobre cuya base edificaremos la Internacional Latinoamericana que conduzca al frente a las masas del continente. El SLATO Debe ser la columna vertebral, política, ideológica y organizativa de ese nuevo reagrupamiento. -